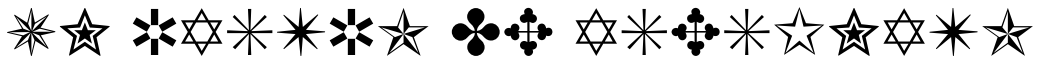


UN MISTERIO KERI LOCKE — LIBRO 2

UN
RASTRO
DE
ASESINATO

BLAKE PIERCE



Blake Pierce

Blake Pierce es autor de la exitosa serie de misterio RILEY PAGE, que incluye hasta ahora seis libros. Blake Pierce es asimismo el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, compuesta hasta la fecha por tres libros; de la serie de misterio AVERY BLACK, tres libros publicados hasta la fecha; y de la nueva serie de misterio KERI LOCKE.

Ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y suspenso, Blake quisiera saber de ti, así que visita cuando quieras www.blakepierceauthor.com para saber más y estar en contacto.

Copyright © 2017 by Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto como esté permitido bajo la U.S. Copyright Act of 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida bajo ninguna forma y por ningún medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico está licenciado solo para su entretenimiento personal. Este libro electrónico no puede ser revendido o regalado a otras personas. Si usted quisiera compartir este libro con otra persona, compre por favor una copia adicional para cada destinatario. Si usted está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprador para su uso exclusivo, entonces por favor regréselo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Nombre, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son, o producto de la imaginación del autor o son usados en forma de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. La imagen de portada Copyright PhotographyByMK, usada bajo licencia de Shutterstock.com.

BOOKS BY BLAKE PIERCE

SERIE DE MISTERIO RILEY PAIGE

- UNA VEZ IDO (Libro #1)
- UNA VEZ TOMADO (Libro #2)
- UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)
- UNA VEZ SEDUCIDO (Libro #4)
- UNA VEZ CAZADO (Libro #5)
- UNA VEZ ASIGNADO (Libro #6)
- UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)
- UNA VEZ FRÍO (Libro #8)

SERIE DE MISTERIO MACKENZIE WHITE

- ANTES DE QUE MATE (Libro #1)
- ANTES DE QUE VEA (Libro #2)
- ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)
- ANTES DE QUE TOME (Libro #4)
- ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5)

SERIE DE MISTERIO AVERY BLACK

- MOTIVO PARA MATAR (Libro #1)
- MOTIVO PARA CORRER (Libro #2)
- MOTIVO PARA ESCONDER (Libro #3)
- MOTIVO PARA TEMER (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO KERI LOCKE

- UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)
- UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)
- UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

CONTENIDO

[CAPÍTULO UNO](#)
[CAPÍTULO DOS](#)
[CAPÍTULO TRES](#)
[CAPÍTULO CUATRO](#)
[CAPÍTULO CINCO](#)
[CAPÍTULO SEIS](#)
[CAPÍTULO SIETE](#)
[CAPÍTULO OCHO](#)
[CAPÍTULO NUEVE](#)
[CAPÍTULO DIEZ](#)
[CAPÍTULO ONCE](#)
[CAPÍTULO DOCE](#)
[CAPÍTULO TRECE](#)
[CAPÍTULO CATORCE](#)
[CAPÍTULO QUINCE](#)
[CAPÍTULO DIECISEIS](#)
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)
[CAPÍTULO VEINTE](#)
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)
[CAPÍTULO VEINTIDOS](#)
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)
[CAPÍTULO TREINTA](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO UNO

El largo corredor estaba en penumbras. Incluso con la linterna encendida, a Keri se le hacía difícil ver más allá de los tres metros. Ignoró la punzada de miedo en su estómago y continuó. Con la linterna en una mano y con la otra sosteniendo su pistola, avanzó poco a poco. Acabó llegando a la puerta del sótano. Todo en ella le decía que había encontrado el sitio. Aquí era donde habían tenido a la pequeña Evie.

Keri empujó la puerta y puso un pie en el primer y desvencijado escalón de madera. La oscuridad aquí era más sobrecogedora que en el corredor. A medida que bajaba lentamente por las escaleras, pensó de repente en lo difícil que era hallar una casa con sótano en el sur de California. Esta era la primera que había encontrado. Entonces escuchó algo.

Sonaba como un niño llorando—una pequeña niña, quizás de ocho. Keri la llamó y una voz le respondió.

—¡Mami!

—No te preocupes, Evie. ¡Mami está aquí!—gritó Keri en respuesta, al tiempo que se daba prisa en bajar los escalones. Mientras lo hacía, algo la recomía por dentro, avisándole que algo que no encajaba.

No fue sino hasta que su tobillo se enganchó en un escalón y perdió el equilibrio, para a continuación caer al vacío, cuando supo qué era lo que había estado molestándola. Evie había estado desaparecida durante cinco años. ¿Cómo podía seguir sonando igual?

Pero era demasiado tarde para hacer algo al respecto mientras atravesaba el aire en dirección al suelo. Se preparó entonces para absorber el impacto. Mas no lo hubo. Para su horror, se dio cuenta que había caído a un pozo sin fondo, donde el aire se hacía cada vez más gélido, mientras ululaba sin cesar alrededor de ella. De nuevo le había fallado a su hija.

Keri despertó de golpe, y se enderezó con rapidez dentro del auto. Tomó solo instante entender qué era lo que estaba sucediendo. No estaba en un pozo sin fondo. Tampoco se hallaba en un sótano asqueroso. Estaba en su traqueteado Toyota Prius, en el estacionamiento de la estación de policía, y se había quedado dormida mientras comía su almuerzo.

El frío que había sentido venía de la ventanilla abierta. El sonido ululante pertenecía a la sirena de una patrulla que salía del estacionamiento en respuesta a una llamada. Estaba empapada de sudor y su corazón latía con rapidez. Pero nada de eso era real. Era otra horrible y desesperanzadora pesadilla. Su hija, Evelyn, seguía desaparecida.

Keri sacudió las telarañas de su mente, tomó un sorbo de la botella de agua, y se dirigió de vuelta a la estación, recordándose a sí misma que ya no era solo una mamá: también era una detective de Personas Desaparecidas para el Departamento de Policía de Los Ángeles.

Sus múltiples lesiones la obligaban a andar con cuidado. Hacía apenas dos semanas de su brutal encuentro con un violento secuestrador de niñas. Pachanga, al menos, había recibido lo que merecía cuando Keri rescató a la hija del senador. Pensar en ello hacía más tolerables los agudos dolores que sentía por todo su cuerpo.

Los doctores le habían quitado el protector acolchado de la cara hacía apenas unos pocos días, luego de haber determinado que la cuenca fracturada de su ojo se había recuperado lo suficiente. Todavía llevaba su brazo en cabestrillo pues Pachanga le había roto la clavícula. Le habían dicho que podía quitárselo pasada otra semana, pero le resultaba tan fastidioso que estaba considerando deshacerse de él antes de tiempo. No había nada que hacer en cuanto a sus costillas rotas, más allá de colocarse un relleno protector. Eso le fastidiaba también,

porque la hacía ver como si tuviera cinco kilos por encima de los sesenta de su acostumbrado peso de combate. Keri no era una mujer vanidosa. Pero a los treinta y cinco, le agradaba que todavía se volteasen a mirarla. Con las almohadillas que abultaban bajo su blusa a la altura de la cintura y algo más arriba de sus pantalones de trabajo, dudaba que provocase ese efecto.

Gracias al tiempo de reposo que se le había concedido para su recuperación, sus ojos café no estaban tan inyectados de cansancio como era lo usual, y su cabello rubio cenizo, agarrado hacia atrás en una simple cola de caballo, había sido lavado con champú. Pero el hueso fracturado de la cuenca orbital había dejado en ese lado de la cara un enorme cardenal, ya amarillento, que solo ahora comenzaba a desvanecerse, y el cabestrillo no la hacía más atrayente. Probablemente no era el momento para salir en una primera cita.

El pensar en citas le hizo acordarse de Ray. Su pareja durante el último año y amigo desde hacía seis, que todavía estaba recuperándose en el hospital tras recibir un tiro en el estómago a manos de Pachanga. Por fortuna, estaba reaccionando lo suficientemente bien como para recién haber sido trasladado del hospital cercano al lugar del tiroteo hasta el Centro Médico Cedars-Sinai en Beverly Hills. Estaba a solo veinticinco minutos en auto desde la estación, así que Keri podía visitarlo con frecuencia.

Con todo, en ningún momento de esas visitas ninguno de los dos se había referido a la creciente tensión romántica que ella sabía ambos estaban sintiendo.

Keri aspiró con fuerza antes de emprender la familiar pero estresante caminata por el interior de la estación. Se sentía como el día de su regreso. Todavía sentía los ojos fijos en ella. Cada vez que pasaba delante de sus colegas, sentía sus miradas furtivas, como dardos, y se preguntaba qué estarían pensando.

¿Todavía pensaban que ella era una impredecible rompedora de normas? ¿Aunque fuese a regañadientes se había ganado su respeto por haber eliminado a un secuestrador y asesino de niñas? ¿Por cuánto tiempo ser la única mujer detective en el escuadrón la haría sentirse como una forastera permanente?

Mientras pasaba junto a ellos en medio del trajín de la estación y se deslizaba en su escritorio, Keri trató de controlar el cúmulo de resentimiento que se agitaba en su pecho para concentrarse solo en su trabajo. Al menos el lugar estaba tan repleto y caótico como siempre, y desde ese punto de vista, tan tranquilizador, nada había cambiado. La estación estaba abarrotada con civiles poniendo denuncias, perpetradores que eran fichados, detectives al teléfono siguiendo alguna pista.

Keri había sido limitada, desde su regreso, a cumplir turnos de escritorio. Y su escritorio estaba lleno. Desde que había regresado, vivía ahogada en un mar de papeles. Había docenas de reportes de arrestos por revisar, órdenes de registro por solicitar, declaraciones de testigos por evaluar, y reportes de evidencia por examinar.

Sospechaba que, debido a que aún no le estaba permitido llevar casos afuera, todos sus colegas estaban dejándole las tareas fastidiosas. Afortunadamente, se suponía que retornaría a las actividades de campo mañana. Y lo que nadie sabía es que, en realidad, a ella no le importaba quedarse en la oficina por una razón: los archivos de Pachanga.

Cuando los policías registraron su casa tras el incidente, encontraron una computadora portátil. Keri y el Detective Kevin Edgerton, gurú tecnológico del precinto, habían descubierto la clave de acceso de Pachanga, y logrado abrir sus archivos. La esperanza de ella era que los archivos la condujeran al descubrimiento de muchas niñas extraviadas, incluyendo tal vez su propia

hija.

Desafortunadamente, había resultado difícil entrar a lo que al principio había parecido una mina de información sobre múltiples secuestros. Edgerton había explicado que los archivos encriptados solo podían ser abiertos con la clave de descifrado, cosa que no poseían. Keri había pasado la última semana aprendiendo todo lo que podía sobre Pachanga con la esperanza de hallar la clave. Pero hasta ahora, no tenía nada.

Mientras permanecía sentada revisando archivos, los pensamientos de Keri regresaron a algo que la había estado rondando desde que había retomado el trabajo. Cuando Pachanga secuestró a la hija del Senador Stafford Penn, Ashley, lo había hecho a pedido del hermano del senador, Payton. Los dos hombres habían estado comunicándose a través de la red oscura durante meses.

Keri no podía dejar de preguntarse cómo el hermano de un senador se las había arreglado para contactar a un secuestrador profesional. No era que pertenecieran al mismo círculo. Pero tenían una cosa en común. Ambos eran representados por un abogado llamado Jackson Cave.

La oficina de Cave estaba ubicada en las alturas de un rascacielos del centro, pero muchos de sus clientes se movían más a ras de tierra. Además de su trabajo corporativo, Cave tenía una larga historia representando a violadores, secuestradores, y pedófilos. Si Keri lo veía con indulgencia, sospechaba que simplemente lo hacía porque podía cobrarles honorarios exorbitantes a tan desagradables clientes. Pero una parte de ella pensaba que en realidad eso le excitaba. En cualquier caso, lo despreciaba.

Si Jackson Cave había puesto en contacto a Payton Penn con Alan Pachanga, era razonable suponer que él también sabía cómo ingresar a esos archivos

encriptados. Keri estaba segura que en algún lugar de ese sofisticado despacho de rascacielos se hallaba la clave que ella necesitaba para descifrar el código y descubrir detalles de todas esas niñas extraviadas, incluyendo quizás la suya. Había resuelto que, de una u otra forma, de manera legal o ilegal, entraría en ese despacho.

Mientras pensaba en cómo podría lograrlo, Keri prestó atención a una oficial uniformada de veintitantos años que caminaba lentamente hacia ella. La llamó con la mano.

—¿Me dices de nuevo tu nombre?—preguntó Keri, sin estar segura de que se lo hubiesen dicho antes.

—Soy la Oficial Jamie Castillo —contestó la joven oficial de cabellos oscuros—. Acabo de salir de la academia. Me reasignaron aquí en la semana en que estubo en el hospital. Originalmente estaba en la División Los Ángeles Oeste.

—¿Eso quiere decir que no debo sentirme mal por no saber quién eres?

—Así es, Detective Locke—dijo Castillo con firmeza.

Keri estaba impresionada. La chica tenía confianza en sí misma y había una agudeza en sus ojos oscuros que apuntaba a una inteligencia despierta. Se veía además como alguien que podía cuidar de sí misma. Con uno setenta por lo menos de estatura, y una constitución atlética y fibrosa, no sería prudente buscarle pelea.

—Bien. ¿Qué puedo hacer por ti?—preguntó Keri, intentando no sonar intimidante. No había muchas mujeres policías en la División Pacífico y Keri no quería ahuyentar a ninguna.

—He estado cubriendo durante las últimas semanas las llamadas que ofrecen información. Como supondrá, un montón de ellas están relacionadas con su encuentro con Alan Pachanga y con la declaración que hizo acerca de tratar de encontrar a su hija.”

Keri asintió, recordando. Después que hubo rescatado a Ashley, el departamento organizó una gran rueda de prensa para celebrar el feliz resultado.

Todavía confinada a una silla de ruedas, Keri había elogiado a Ashley y a su familia antes de aprovechar la rueda de prensa para mencionar a Evie. Había mostrado una foto de ella y había rogado a las personas que brindaran cualquier información que pudiera ayudar en la búsqueda. Su supervisor inmediato, el Teniente Cole Hillman, se había enfadado a tal punto con ella por usar la victoria del departamento como una herramienta en su cruzada personal, que Keri pensó que él la habría despedido de inmediato de haber podido. Pero como era una heroína en silla de ruedas, después de haber rescatado a una adolescente, no podía hacerlo.

Estando todavía hospitalizada, los pajaritos le dijeron a Keri que él se había molestado cuando el departamento comenzó a verse inundado con cientos de llamadas diarias.

—Siento que estés atada a esa asignación—dijo Keri—. Apuesto a que solo querías aprovechar al máximo la oportunidad y no pensaste en quién tendría que vérselas con los efectos colaterales. Supongo que todas las llamadas terminaron en nada.

Jamie Castillo vaciló, como si se preguntara si estaba tomando la decisión correcta. Keri podía ver los engranajes dando vueltas en la mente de la joven. La observó ponderar cuál sería la movida correcta y no pudo evitar simpatizar con ella. Era como si mirara una versión más joven de sí misma.

—Bueno!—dijo Castillo finalmente—, la mayoría podían ser desestimadas sin más porque eran de gente inestables o simplemente bromistas. Pero esta mañana hubo una llamada que era algo distinta. Era tan concreta que me hizo tomarla más en serio.

Casi al punto, la boca de Keri se secó y su corazón

comenzó a correr.

Tranquilízate. Probablemente no sea nada. No te exaltes.

—¿Puedo escucharla?—preguntó con una calma que no hubiera creído posible.

—Ya se la he reenviado —dijo Castillo.

Keri miró el teléfono y vio la luz titilante indicando que tenía un correo de voz. Intentando no parecer desesperada, levantó con lentitud la bocina y escuchó.

La voz del mensaje era áspera, casi metálica y difícil de comprender, haciéndolo aún más complicado un golpeteo al fondo.

—Te vi en TV hablando de tu hija—decía—. Quiero ayudar. Hay un almacén abandonado en Palms, cruzando la Estación de Generación Piedmont. Revísalo.

Eso era todo lo que había—solo una cavernosa voz masculina dando una vaga pista. Entonces, ¿por qué en las yemas de sus dedos había un hormigueo de adrenalina? ¿Por qué tenía problemas para tragar? ¿Por qué de súbito sus pensamientos eran destellos de imágenes de cómo se vería Evie en la actualidad?

Quizás era porque la llamada no se oía para nada en los detalles como la típica llamada falsa. No intentaba atraer la atención, lo que claramente había llamado la atención de Castillo. Y ese mismo elemento —su serena franqueza—era el aspecto que estaba haciendo correr gotas de sudor por la espalda de Keri.

Castillo permanecía a la expectativa.

—¿Cree que es legítima?—preguntó.

—Difícil decirlo—respondió Keri calmadamente, a pesar de su corazón acelerado, mientras ubicaba la estación de generación en Google Maps—. Revisaremos más tarde dónde se originó la llamada y haremos que los técnicos traten de limpiar el mensaje para ver qué más se puede averiguar de la voz y el sonido de fondo. Pero dudo que sean capaces de hallar gran cosa. Quienquiera

que haya hecho esta llamada fue cuidadoso.

—Eso pensé yo también—convino Castillo—. No dio su nombre, y es obvio que intentó enmascarar la voz con un sonido de distracción al fondo. Solo se sentía...distinto de los demás.

Keri escuchaba a medias mientras observaba el mapa de su pantalla. La estación de generación estaba localizada en National Boulevard, justo al sur de la Autopista 10. Al chequear la imagen de satélite, verificó que había un almacén cruzando la calle. Si estaba abandonado, eso no lo sabía.

Pero voy a averiguarlo.

Miró a Castillo y sintió una corriente de gratitud hacia ella —y también algo que no había sentido en mucho tiempo por un compañero oficial: admiración. La veía con buenos ojos, y se alegraba de que estuviera allí.

—Buen trabajo, Castillo—le dijo por fin a la joven oficial, que también estaba observando la pantalla—. Es tan bueno esto que creo que voy chequearlo.

—¿Necesita compañía?—preguntó Castillo esperanzada, mientras Keri se incorporaba y recogía sus cosas para dirigirse al almacén.

Pero antes de que pudiera responder, Hillman sacó su cabeza del despacho y con un grito que cruzó toda la estancia la llamó.

—Locke, te necesito en mi oficina ahora —le lanzó una mirada fulminante—. Tenemos un nuevo caso.

CAPÍTULO DOS

Keri se quedó paralizada donde estaba. La consumía un flujo de emociones encontradas. Técnicamente, esas eran buenas noticias. Parecía que la pondrían en el campo un día antes, una señal de que Hillman, a pesar de sus problemas con ella, la sentía lista para volver a asumir sus responsabilidades normales. Pero una parte de ella quería ignorarlo e ir directo en ese instante al almacén.

—Es para hoy, por favor—exclamó Hillman, sacándola en un tris de su momentánea indecisión.

—Voy, señor —dijo. Volteando entonces a Castillo con una media sonrisa, añadió—. Continuará.

Al poner un pie en la oficina de Hillman, notó que su típico ceño fruncido estaba más arrugado que nunca. Cada uno de sus cincuenta años era visible en su rostro. Su cabello entrecano estaba revuelto como siempre. Keri nunca podía asegurar si era que él no se daba cuenta o era que no le importaba. Tenía puesta una chaqueta, pero la corbata estaba floja y su camisa mal entallada no podía ocultar su pequeña panza.

Sentado en el viejo y maltrecho sofá en la pared opuesta, se hallaba el Detective Frank Brody. Brody tenía cincuenta años y estaba a seis meses de su retiro. Todo en su apariencia lo reflejaba, desde sus apenas competentes intentos para mostrar urbanidad, pasando por su camisa arrugada y manchada de ketchup, con los botones a punto de saltar gracias a su formidable barriga, a sus mocasines descosidos, que parecían a punto de deshacerse.

Brody nunca le había dado la impresión a Keri de que fuera el más dedicado y trabajador de los detectives, y últimamente parecía más interesado en su precioso Cadillac que en casos por resolver. Normalmente

trabajaba en Robos y Homicidios pero había sido reasignado a la Unidad de Personas Desaparecidas, corta de personal debido a las lesiones de Keri y Ray.

El traslado le había sumido de manera permanente en un humor de perros, reforzado por el abierto desdén hacia la posibilidad de tener que trabajar con una mujer. En verdad era un hombre que pertenecía a otra generación. En realidad, ella una vez le había escuchado decir, “Prefiero trabajar con panelas de droga y mojones de mierda, que con chicas y viejas”. El sentimiento, aunque podía ser expresado en una forma ligeramente distinta, era mutuo.

Hillman ordenó a Keri que se sentara en una silla plegable de metal delante de su escritorio, activó entonces el altavoz del teléfono y habló.

—Dr. Burlingame, me encuentro aquí junto con dos detectives. Voy a enviarlos para que se reúnan con usted. Los detectives Frank Brody y Keri Locke están en línea. Detectives, estoy hablando con el Dr. Jeremy Burlingame. Él está preocupado por su esposa, con quien no ha tenido contacto por más de veinticuatro horas. Doctor, ¿puede por favor repetir lo que me dijo?

Keri sacó su bolígrafo y libreta para tomar notas. Entró de inmediato en sospechas. En todo caso de esposa desaparecida, el primer sospechoso era siempre el marido, y quería escuchar el timbre de su voz la primera vez que hablara.

—Por supuesto—dijo el doctor—. Conduje hasta San Diego ayer por la mañana para ayudar en una cirugía. La última vez que hablé con Kendra fue antes de irme. Anoche llegué a casa muy tarde y terminé durmiendo en el cuarto de huéspedes para no despertarla. Esta mañana seguí durmiendo porque no tenía pacientes que atender.

Keri no sabía si Hillman estaba grabando la conversación así que garrapateaba furiosamente, tratando de no perderse de nada mientras el Dr.

Burlingame continuaba.

—Cuando fui al dormitorio, ella se había ido. La cama estaba hecha. Supuse que había salido de casa poco antes de yo levantarme, así que le envié un mensaje de texto. No tuvo respuesta—lo que tampoco era inusual. Vivimos en Beverly Hills y mi esposa asiste a muchos actos y eventos de caridad, por lo que suele silenciar su teléfono cuando está en ellos. A veces olvida subirle el volumen de nuevo.

Keri apuntó todo, evaluando la veracidad de cada comentario. Hasta ahora nada de lo que había escuchado había hecho sonar las alarmas, pero eso no quería decir nada. Cualquiera parecía de una pieza estando al teléfono. Ella quería ver su comportamiento cuando fuese confrontado en persona por detectives del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Me fui a trabajar y ya de camino la llamé de nuevo—seguía sin responder—continuó—. Sería la hora de almorzar cuando ya comencé a sentirme algo preocupado. Ninguno de sus amigos sabía nada de ella. Llamé a nuestra mucama, Lupe, quien dijo que no había visto a Kendra ni ayer ni hoy. Ahí fue cuando empecé a preocuparme de verdad. Así que llamé al nueve-uno-uno.

Frank Brody se inclinó hacia adelante y Keri creyó que iba a intervenir. Deseó que no lo hiciera pero no había nada que pudiera hacer para detenerlo. Generalmente, ella prefería dejar que el entrevistado se extendiera todo lo que quisiera. A veces se sentían cómodos y cometían errores. Pero, aparentemente Brody no compartía su filosofía.

—Dr. Burlingame, ¿por qué su llamada no fue redirigida al Departamento de Policía de Beverly Hills?—preguntó. Su tono áspero no albergaba ningún sentimiento de simpatía. A Keri le sonó como si él se preguntase cómo es que se había involucrado en este caso.

—Creo que es porque les estoy llamando desde mi oficina, que está Marina del Rey. ¿Importa eso realmente?—preguntó. Sonaba perdido.

“No, por supuesto que no —le aseguró Hillman—. Estamos felices de ayudar. Y nuestra unidad de personas desaparecidas probablemente habría sido llamada de todas formas por el Departamento de Policía de Beverly Hills. ¿Por qué no regresa a su casa? Mis detectives se reunirán con usted como a la una y treinta. Tengo la dirección de su residencia.

—Okey—dijo Burlingame—. Voy saliendo.

Después de colgar, Hillman miró a los dos detectives.

—¿Pensamientos iniciales?—preguntó.

—Ella probablemente se escapó al Cabo con algunas de sus amigas y olvidó decirle—dijo Brody sin vacilar—. Es eso o que él la asesinó. Después de todo, casi siempre es el esposo.

Hillman miró a Keri. Ella pensó por un segundo antes de hablar. Al aplicar las reglas acostumbradas a este sujeto había algo que no encajaba, pero no podía apuntarlo con su dedo.

—Me siento tentada a estar de acuerdo—dijo finalmente—. Pero quiero mirar a este sujeto en la cara antes de llegar a alguna conclusión.

—Bueno, estás por tener esa oportunidad—dijo Hillman—. Frank, puedes marcharte. Necesito hablar por un minuto con Locke.

Al salir, Brody lanzó hacia ella una mirada maliciosa, como si ella hubiera quedado detenida y él de alguna manera se hubiese escapado. Hillman cerró la puerta tras él.

Keri se preparó, ciertamente fuera lo que fuera lo que venía no podía ser bueno.

—Podrás marcharte en un momento—dijo él, con un tono más suave que el que ella había esperado—. Pero quería recordarte unas pocas cosas antes de que te

vayas. Primero, creo que sabes que no me hizo muy feliz tu intervención en la conferencia de prensa. Pusiste tus necesidades personales por encima del departamento. Entiendes eso, ¿correcto?

Keri asintió.

—Dicho eso—continuó—, me gustaría que tuviéramos un nuevo comienzo. Sé que estabas en mala forma en ese momento y viste esto como una oportunidad para proyectar una luz sobre la desaparición de tu hija. Puedo respetar eso.

—Gracias, señor—dijo Keri, ligeramente aliviada pero sospechando que un mazazo estaba por caer.

—Aun así —añadió—, solo porque la prensa te ama no quiere decir que no voy a patear tu trasero si sacas tu acostumbrada mierda de lobo solitario. ¿Estamos claros?”

—Sí señor.

—Bien. Por último, por favor, tómallo con calma. Hace menos de una semana que saliste del hospital. No hagas nada que te lleve de vuelta hasta allá, ¿okey? Retírate.

Keri dejó la oficina, medianamente sorprendida. Había estado esperando una reprimenda, pero no se había preparado para la ligera muestra de preocupación por su bienestar.

Buscó a Brody en los alrededores antes de darse cuenta que ya él debía haberse ido. Aparentemente no quería ni siquiera compartir el auto con una mujer detective. Normalmente ella estaría molesta pero hoy era una bendición disfrazada.

Mientras se dirigía a su vehículo, sofocó una sonrisa.
¡Vuelvo a las tareas de campo!

No fue sino hasta que le fue asignado un nuevo caso que se dio cuenta lo mucho que lo extrañaba. La familiar excitación y anticipación comenzaban a envolverla, e incluso el dolor en sus costillas parecía desvanecerse ligeramente. La verdad era que, a menos que estuviera

resolviendo casos, Keri sentía como si una parte de ella le faltara.

Ella no podía sino sonreír con respecto a otra cosa — que ya estaba planeando violar dos de las órdenes de Hillman. Estaba a punto de ir como lobo solitario y, al mismo tiempo, no se lo tomaría con calma.

Porque iba a hacer una parada técnica camino de la casa del doctor.

Iba a chequear ese almacén abandonado.

CAPÍTULO TRES

Con la sirena en el techo de su destartado Prius, Keri maniobró a través del tráfico, con las manos firmes en el volante, y la adrenalina a millón. El almacén en Palms estaba en el camino a Beverly Hills, más o menos. Así era como Keri justificaba darle prioridad a la búsqueda de su hija, quien la semana pasada había cumplido cinco años desaparecida, en lugar de localizar a una mujer que se había ido hacía menos de un día.

Pero tenía que llegar rápido. Brody llevaba la delantera en la ruta hasta la casa de Burlingame, así que ella podía llegar después que él. Pero si se aparecía mucho más tarde, era seguro que Brody la acusaría con Hillman.

Él se valdría de cualquier excusa para evitar el trabajar junto con ella. Y decirle al jefe que ella había retrasado una investigación al llegar tarde a la entrevista de un testigo era lo que él necesitaba. Eso le dejaba solo unos minutos para revisar el almacén.

Aparcó en la calle y se dirigió al portón principal. El almacén estaba entre un lugar de autoalmacenaje y un local para rentar U-Haul. El zumbido de la estación de generación que estaba al frente era excesivamente ruidoso. Keri se preguntó si se arriesgaba a desarrollar algún tipo de cáncer solo por pararse allí.

El almacén estaba rodeado por una cerca barata diseñada para impedir el ingreso de vagos y de adictos, pero no fue difícil para Keri deslizarse por una abertura que había entre las puertas pobremente aseguradas. Mientras se aproximaba a la puerta principal del complejo, notó el letrero del lugar tirado en el suelo, cubierto de polvo. En él se leía *Preservación de Objeto Invaluable*.

No había nada invaluable dentro del almacén vacío, cavernoso. De hecho, no había nada adentro excepto

unas pocas sillas plegables de metal patas arriba y algunos montones de yeso desmoronado. Todo el lugar había sido vaciado. Keri caminó por todo el complejo, buscando cualquier pista que pudiera estar relacionada con Evie, pero no pudo encontrar ninguna.

Se arrodilló, esperando que una perspectiva diferente pudiera ofrecerle algo nuevo. Nada apareció ante ella, aunque había algo ligeramente extraño en el otro extremo del almacén. Una silla plegable de metal estaba al derecho con pedazos de yeso en el asiento, apilados de manera delicada hasta una altura de treinta centímetros. Parecía improbable que se hubieran agrupado de esa manera sin ayuda.

Keri caminó hacia allá y la observó más de cerca. Sentía como si estuviera buscando conexiones donde no las había. Aun así, hizo la silla a un lado, haciendo caso omiso de los yesos que temblaron brevemente antes de caer al piso.

La sorprendió el sonido que hicieron al golpear el concreto. En lugar del golpe sordo que había esperado, escuchó un profundo eco. Sintiendo que su corazón comenzaba a latir con mayor rapidez, Keri apartó con el pie los escombros y pateó el punto donde habían caído—otro sonido de eco profundo. Pasó su mano por el piso y descubrió que el punto que había estado debajo de la silla plegable de metal no era en realidad de concreto sino de madera pintada de gris para confundirla con el resto del piso.

Intentando controlar su respiración, deslizó sus dedos por la pieza de madera hasta sentir una pequeña protuberancia. La oprimió, escuchó el sonido de un pestillo abriéndose, y sintió que un lado de la pieza de madera saltaba. La agarró por debajo y haló el pedazo cuadrado de madera, como del tamaño de la cubierta de un pozo, de su ranura estriada.

Debajo había un espacio de unos veinticinco

centímetros de profundidad. No había nada adentro. Ni papeles, ni equipo. Era demasiado pequeño para contener a una persona. A lo más, pudo haber alojado una pequeña caja fuerte.

Keri palpó los rincones buscando otro botón oculto pero no halló nada más. No estaba segura de qué pudo haberse hallado allí pero ahora ya no estaba. Se sentó en el concreto junto al agujero, sin saber qué hacer a continuación.

Miró su reloj. Era la 1:15. Se suponía que tenía que estar en Beverly Hills en quince minutos. Incluso si se iba ahora, casi llegaría a tiempo. Frustrada y molesta, rápidamente colocó la cubierta de madera como estaba, corrió la silla hasta donde había estado, y dejó el edificio, echándole una vez más un vistazo al letrero en el suelo.

Preservación de Objeto Invaluable. ¿Es el nombre del negocio algún tipo de pista o solo estoy siendo burlada por algún cruel imbécil? ¿Está alguien diciéndome que tengo que preservar a Evie, mi máspreciado objeto?

El último pensamiento hizo que a Keri la atravesara una ola de ansiedad. Sintió que las rodillas no la sostenían y cayó con torpeza al suelo, tratando de impedir un daño adicional a su brazo izquierdo, inútil por estar recogido en el cabestrillo que cruzaba su pecho. Usó su brazo derecho para frenar el desplome.

Así doblada, con una nube de polvo que se levantaba a su alrededor, Keri cerró sus ojos con fuerza y trató de alejar los siniestros pensamientos que se cernían sobre ella. Una breve visión de su pequeña Evie se abrió paso en su cerebro.

En su visión, ella todavía tenía ocho, sus colitas rubias se agitaban sobre su cabeza, su rostro estaba pálido de terror. Ella era arrojada en una van blanca por un hombre rubio con un tatuaje en el lado derecho de su cuello. Keri escuchó el ruido sordo que provocó el choque de su diminuto cuerpo con la pared de la van. Vio

al hombre rubio apuñalar a un adolescente que trató de detenerlo. Vio a la van arrancar y salir hacia la carretera, dejándola a ella muy atrás mientras iba en su persecución con los pies descalzos, ensangrentados.

Todo seguía siendo muy vívido. Keri refrenó sus lágrimas mientras hacía a un lado los recuerdos, obligándose a regresar al presente. Después de unos instantes recuperó el control. Aspiró varias veces, profunda y lentamente. Su visión se aclaró y se sintió lo suficientemente fuerte como para incorporarse.

Este era el primer recuerdo recurrente que tenía en semanas, desde el encuentro con Pachanga. Parte de ella había albergado la esperanza de que se habían ido para siempre, pero no había tenido esa suerte.

Sintió un dolor en su clavícula a causa del golpe, cuando extendió el brazo al caer. Frustrada, se quitó el cabestrillo. Era más un impedimento que una ayuda a estas alturas. Además, no quería verse débil de manera alguna cuando se reuniera con el Dr. Burlingame.

La entrevista con Burlingame—¡Debo irme!

Se las arregló para ir tambaleando de regreso a su auto y al tráfico, esta vez sin sirena. Necesitaba silencio para la llamada que estaba por hacer.

CAPÍTULO CUATRO

Keri sintió un vacío nervioso en su estómago al pulsar el número de la habitación del hospital donde estaba Ray y aguardar mientras repicaba. Oficialmente, no había razón para que se sintiera nerviosa. Después de todo, Ray Sands era su amigo y su pareja en la Unidad de Personas Desaparecidas de la División Pacífico del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Mientras el teléfono continuaba sonando, su mente se remontó al tiempo en el que aún no eran pareja, cuando ella era profesora de criminología en la Universidad Loyola Marymount y se desempeñaba como consultora del departamento, ayudándole en algún que otro caso. Hicieron buenas migas de inmediato y él le devolvía los favores profesionales hablando en ocasiones a sus estudiantes.

Luego que Evelyn fue raptada, Keri cayó en el agujero negro de la desesperación. Su matrimonio naufragó, y ella se puso a beber en exceso y a acostarse con varios estudiantes de la universidad. Al final la echaron.

No mucho después, estando casi quebrada, embriagada, y viviendo en una ruinoso y vieja casa bote en la marina, él apareció de nuevo. La convenció de ingresar a la academia de la policía, como él mismo lo había hecho cuando su vida se había hecho pedazos. Ray le había arrojado un salvavidas, una vía para reconectarse con el mundo y encontrarle un significado a su vida. Ella lo tomó.

Después de graduarse y servir como oficial uniformada, fue promovida a detective. Pidió entonces ser asignada a la División Pacífico, que cubría buena parte de Los Ángeles Oeste. Allí era donde ella vivía y era la zona que conocía mejor. Era también la división de Ray. Él la solicitó como pareja y habían estado

trabajando juntos por un año cuando el caso Pachanga les puso a ambos en el hospital.

Pero no era el estatus de la recuperación de Ray lo que hacía sentir nerviosa a Keri. Era el estatus de su relación. Algo más que una amistad se había desarrollado en el último año, en la medida en que habían estado trabajando tan juntos. Ambos lo sentían pero ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocerlo en voz alta. Keri sentía punzadas de celos cuando llamaba al apartamento de Ray y una mujer contestaba. Él era un notorio e impenitente mujeriego, así que no debía ser una sorpresa para ella, pero el sentimiento de envidia seguía allí, a pesar de sus mejores esfuerzos.

Y ella sabía que él sentía de la misma manera. Había visto cómo sus ojos relampagueaban cuando estaban en un caso y un testigo hacía algún avance con ella. Casi podía sentir la tensión de él junto a ella.

Incluso habiendo estado él tan cerca de morir después de recibir un tiro, ninguno de ellos había estado dispuesto a tocar el tema. Una parte de Keri consideraba inapropiado centrarse en esas trivialidades mientras él se recuperaba de lesiones que amenazaban su vida. Pero otra parte de ella estaba simplemente aterrada ante lo que sucedería si esas cosas salían a relucir.

Así que ambos le hacían caso omiso. Y como ninguno estaba acostumbrado a ocultarle cosas al otro, el asunto se estaba volviendo incómodo. Al escuchar cómo repicaba el teléfono en la habitación de Ray, ella se debatía entre la esperanza de que él contestara, y la esperanza de que no lo hiciera. Necesitaba hablar con él sobre la llamada anónima y lo que había descubierto en el almacén. Pero no sabía cómo iniciar la conversación.

Al final resultó irrelevante. Después de repicar diez veces, colgó. No había buzón de voz en el teléfono del hospital, lo que significaba que Ray probablemente no estaba en cama. Decidió no probar con el celular de él.